

ción accesoria y pasajera, con lo que, después de todo, se estaba resolviendo ya de antemano la ahora debatida cuestión de sus «épocas» y, en general, el tema espinoso de su singular evolución de escritor. Claro, que también está en esa crítica contemporánea el raigón de algunos tópicos conservados hasta hoy, como esos que se refieren a una imposable pero aparente caracterización retórica del autor, o a interpretaciones banales de lujo estilístico, de preciosa metafórica, de moralidaduntuosa, etcétera.

Se deduce de esta antología que las gentes que trataron a Valle pudieron percibir la tremenda paradoja oculta entre los pliegues de su ironía y de sus inextricables designios literarios, con capacidad suficiente para distinguir entre el riesgo legítimo de algunas de sus actitudes y sus poses arbitrarias. Para ello resultan de singular valor no sólo muchos de estos juicios trazados a la vista del modelo, sino las entrevistas que ofrece Esteban en una segunda parte del libro, estupenda muestra del respeto y la reserva con que eran acogidas a un tiempo las opiniones de batalla y las salidas célebres del maestro. En fin, no deja de ser interesante el hecho de que todos estos observadores próximos coincidieran en la apreciación de principio de la estética de Valle sin perjuicio de unas valoraciones concretas muy diversas.

En cuanto a la antología y su criterio, ya su autor declara y asume los riesgos. Se ha hablado mucho —casi siempre de memoria— sobre la trascendencia de una labor de hemeroteca en relación con Valle y su obra. Pero Esteban, que modestamente protesta de su condición de divulgador, ha tenido el buen sentido de no rizar el rizo, sino lo preciso, y escoger entre tantos papeles y papelotes una serie de muestras poco conocidas o desconocidas, sin mayores prevenciones. De ello resulta un índice utilísimo en el que sería tan difícil destacar como elegir. Personalmente prefiero

los trabajos aquí reunidos, que tratan de aproximarse a la obra por su flanco lingüístico, siempre problemático. Pero hay también algunas visiones de conjunto que tienen mucho que enseñarnos todavía. Ahí está el clásico juicio de Ortega, responsable, en cierta medida, de ciertos tópicos muy bacherrescos y aún barberiles sobre la «química palabarrera» de Valle y el anacronismo renacentista de su imaginación, pero que es, sin duda alguna, un espléndido ensayo, profético en más de un sentido. El retrato insuperable de Juan Ramón Jiménez, «Castillo de quema»; las crónicas de Hidalgo de Cisneros sobre la estancia romana de don Ramón, las finas anotaciones a su dramática hechas por Luis Cernuda, el temprano y clarividente varapalo de «Clarín» a Epitalamo, la discutible pero bien trenzada silueta espiritual que hace Jarnés, la crítica de Enrique Diez Canedo a «Viva mi dueño», los acercamientos al teatro de Antonio Espina y Juan Chabás, los varios trabajos del olvidado Rivas Cherif, las diversas necrológicas, especialmente las de Azaña, etcétera, etcétera, componen un índice

singularísimo y, desde luego, poco común en la bibliografía al uso, que se completa con unas breves notas del propio Valle. No sólo para ver de cerca al don Ramón siempre discutible de la época llamada «modernista», sino para recomponer su figura completa y ahondar en más de un detalle vital el trabajo de búsqueda que José Esteban quiere reducir modestamente como divulgador, va a prestar un servicio inapreciable. Y ello sin contar con que ya es un mérito el haber puesto al alcance medio trabajos de difícilísimo hallazgo, ya por su condición y procedencia ideológica, ya por el mero hecho de andar dispersos en el proceloso mar de la hemeroteca o en el temible arcón del olvido. De ahí los han sacado, con instinto ejemplar, la paciencia y el sentido crítico de José Esteban, tan desconfiado de la bibliografía valleinclanquesa que ha querido así servirlos con materiales de primera mano y también de primera calidad en su mayoría, en una obra que va a resultar de manejo obligado a los futuros estudiosos de Valle. Alguno de los cuales, quién sabe, puede que se descuelgue algún día con una obra

«verdaderamente esclarecedora» como la que desea el celoso antologista y deseamos todos.
■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

La poesía de las cosas

Quisiera empezar destacando una singular coincidencia: el que ya se considere tarea imprescindible el acercamiento a la poesía no castellana y que tal actitud, en el caso que nos ocupa, se proponga desde un área cultural tradicionalmente fuera del juego habitual de nuestra actividad literaria. La colección «Sabaei», que ha nacido en Canarias bajo los auspicios de la pulcritud artesanal y, por consiguiente, con las inherentes limitaciones que empresas de este tipo tienen hoy (lo cual no es un demérito, sino más bien una aventura decidida, a pecho descubierto, que debe ser significada), acaba de publicar un breve volumen poético, «Me hizo Joan Brossa» (1), cuya primera edición ca-

(1) Joan Brossa. «Me hizo Joan Brossa». Editorial El Museo Canario. Colección «Sabaei». Las Palmas, 1973. 55 páginas.

talana («En va fer Joan Brossa») data de 1951.

Joan Brossa ha sido un escritor semioculto, poco conocido en el área castellanohablante y, sin embargo, tiene una obra de personales características que no podía seguir en el semi-anónimo que la poseía hasta ahora. Y «Me hizo Joan Brossa» nos abre caminos insospechados dentro de la habitual temática de la poesía al uso. Una poesía, la de Joan Brossa, que atiende con preferencia a las cosas, a las situaciones, a la acción radicalmente puras. Una pureza de signo muy personal que se vierte en una realidad misteriosa, sugestiva y sorprendente, inesperada. Se podría decir que la poesía de Joan Brossa —en este libro, al menos— es la poesía de los nombres, la poesía de los objetos. Y al tiempo que las cosas al ser nombradas, y sólo con ser nombradas, pueden ser otras (muchas) cosas, nos venimos a dar cuenta de que desconocemos casi por completo la realidad de que no tenemos la suficiente sensibilidad racional como para saber llamar al pan, pan, y al vino, vino, que es, sin asomo de dudas, lo más difícil en poesía.

«Me hizo Joan Brossa» puede resultar desconcertante para el lector que se llegue a él con la rutina de su conocimiento habitual de la realidad y con los apriorismos de su rutina poética a cuestas. Al perder los apoyos adjetivos, al perder la retórica anclar, pretendidamente poética, al ser poesía por el mero hecho de ser nombres, las cosas en Joan Brossa, las más dispares y olvidadas, se convierten en materia poética incuestionable. Una materia inédita, inesperada, que se alza plenamente viva, radicalmente activa, en un espacio, en un tiempo, en un discurrir (y el verbo será elemento imprescindible en el desarrollo del poema), que siempre es constante fluir, observado desde la perspectiva interior del hombre que observa. La poesía de Brossa está, así, llena de objetos habitualmen-

te apocéticos; explota un lenguaje acuñado y congelado de tanto repetirse, que se ha consumido en una inútil reiteración. Y el trabajo de Joan Brossa como escritor, radica precisamente en eso: encontrar las palabras, convocarlas a la asamblea del poema, a su nuevo espacio y a su nuevo tiempo; a su nueva vida: la que vivirán desde el momento en que son nombradas en adelante.

Pero, al margen de estas alusiones meramente descriptivas, sería interesante hacer alguna referencia a la problemática que este libro puede plantear. Se trata de un libro realista, pero con un realismo que tiende a la apropiación visual de las cosas; un realismo que se convierte en objetualismo y que en apariencia (y sólo en apariencia) puede parecer frío, o hermetico, lejano... Lo que, en verdad, queda tras la lectura de estos poemas es todo lo contrario: un mayor y más exacto conocimiento de la realidad.

Y una segunda cuestión: la delimitación de lo poético. ¿Qué es lo realmente poético?, podemos preguntarnos al final de la lectura. Y la contestación será inequívoca: la poesía y lo poético pueden habitar en la realidad misma, desnuda y pura, pero con la pureza que le es inherente, sin perifoneos ni ornatos, sin rebuscada galanura. Porque Joan Brossa ha eliminado toda relación mediata entre la realidad y el escritor. La escritura no es ni la transformación de la misma realidad, ni su correlato verbal, sino el reflejo plástico, escultural, gráfico, de ese mundo verdadero y total, que está al alcance de la vista.

Sé que cuesta mucho hacerse a la idea —sobre todo entre los lectores, críticos y estudiosos más conspicuos— de que poesía sea algo tan radicalmente directo como las cosas mismas que nos nombra Joan Brossa, pero al margen de valoraciones comparativas y competitivas (y convertir la actividad creadora en una ingenua competencia es lo que

